

LOS ISLEÑOS DE «TE PITO HENÚA» (1)

INTERIORMENTE, hemos esbozado—a grandes rasgos—una de las fases de la evolución familiar de los isleños de la Isla de Pascua, que habría precedido a la actual situación. Decíamos en esa oportunidad, que gran parte de las costumbres del presente conservan mucho de ese estado matriarcal, coincidiendo en ello la «teoría pendular» de los Vaerting, al considerar esta etapa—contemporánea—como la de un «estado de igualdad sexual».

La influencia religiosa de las diversas misiones ha destruído la fe en la maravillosa concepción espiritual de un mundo anímico, y el efecto inmediato ha sido el de transformar las mentes melanésio-polinésicas, con curiosos ritualismos, por la adaptación de los cultos occidentales, sin que se pueda—actualmente—decir que practican una religión «católica-pascuense» o «pascuense-catolizada». Junto al grupo de fervorosos creyentes—que realiza a diario el ceremonial cristiano—crece la nueva generación, en una indiferencia religiosa digna de la atención de los investigadores.

La juventud de *Te Pito Henúa* desprecia a los antepasados que comieron la carne de sus enemigos, se ríe de los cultos primitivos—sin demostrarse partidarios de lo nuevo—y comenta a los viajeros—indiscretamente—todo lo que antes fué «tabú», como si ignorara las terroríficas sanciones de los «aku-aku» (2), que atemorizaron a sus abuelos.

¿Podemos creer que este pueblo no tiene Ley, ni Dios a consecuencia del choque de las civilizaciones de Occidente y Oriente?

Sin embargo—para tranquilidad de quienes se desalienten, frente a la expectativa de encontrar el estudio falto de interés por algo autóctonamente puro—los isleños conservan, lo que sólo podrá morir con el último de ellos: la vida sexual LIBRE.

Naturalmente, una consecuencia de esto último es la curiosa estructura de la FAMILIA actual, en ese lejano rincón del planeta, que la vanidad de su gran cultura monumental nos

1) TE PITO HENÚA es el verdadero nombre aborigen de la Isla de Pascua, significa «El Ombligo del Universo».

(2) AKU-AKU, son los espíritus demoníacos de la imaginación religiosa, se dividen en «Ivi-atúa», y «Tatane», según sean hembras o machos como los «incobus» y «Sucubos» de la Edad Media.

ha legado en su nombre, «*El Ombligo del Universo*» («*Te Pito Henúa*»), al igual que los emperadores del mundo europeo llamaron «*Umbilicus*» a Roma, por antonomasia de la piedra central del Forum.

En el nuevo tipo de «*sociedad conyugal*» hay un equilibrio de las distintas faenas domésticas: mientras el hombre esquila el ganado lanar, por un mísero salario, labra la débil corteza del territorio que aun respeta la codicia del extranjero, y pesca; ella, trabaja en la limpieza de la lana, ayuda a sus hermanos o a su padre en el cultivo y cocina los víveres del «*hare*» (1).

El primer contraste que surge a la vista de los visitantes es la contextura fuerte de los isleños en proporción a las suaves faenas que estos realizan. Las industrias primitivas se extinguieron con las materias primas que las originaban. Lentamente fueron desplazándose los productos naturales, por los artículos occidentales que llegaban—varias veces en el año—por las rutas marinas que parten de América y Asia, colaborando desde épocas milenarias a los viajeros, comerciantes y conquistadores, codiciosos los unos de los fantásticos tesoros de las *islas de los Mares del Sur*, y los otros, atraídos por los indescifrables misterios de los monumentos de piedra (los «*moai*»).

Ha muerto para siempre la elaboración de las delicadas telas de «*mahute*» (2) que hombres y mujeres fabricaran con finos hilos de «*haú*» (3) en todo el apogeo económico de los «*hare*». Los relatos y grabados de los navegantes, nos reconstruyen esa vida desaparecida: Choris, el gran artista dibujante, que recorriera el mundo a principios del siglo XIX, nos ofrece una curiosa litografía (4), de las vestimentas encontradas en «*Te Pito Henúa*»: el hombre, tatuado con simbólicos dibujos en la cara, el cuello, los brazos, las piernas, el tórax, y la espalda, llevaba un «*parevo*» (5), dibujado en dos partes—una para los órganos genitales (llamada «*hami-ure*») y otra posterior («*hami kauha*») unidas ambas por un cinturón de

(1) HARE, corresponde al grupo social organizado, que según nuestras observaciones tenía ciertas características matriarcales: predominio femenino, por ciertos «*tabú*»; herencia, «*avuncular*», etc.

(2) MAHUTE, árbol tropical extinguido en la isla de Pascua, cuya corteza fibrosa aplastaban sobre piedras especiales hasta obtener una tela muy suave que les servía de vestido, o de material velero para sus embarcaciones.

(3) HAU, fibras hiladas que utilizaban los isleños en sus tejidos; las extraían del «*MAHUTE*».

(4) Voyage pittoresque autour du monde», par Choris, 1832.

(5) PAREVO, taparrabo usado por los isleños de los Mares del Sur.

fibras vegetales o de cuero de «*manghó*» (1) nombrado «*paruro*». En las mujeres había que hacer distinción sobre su estado —soltera o casada— para las prendas de su vestido, como así también según su edad; todas—en general—usaban una falda estrechamente ajustada a las caderas, «*núa hine*» (2), que las cubría la parte inferior del cuerpo, mas abajo de los senos hasta las rodillas; el collar de flores, «*hei tiare*», le era obsequiado por el amante a su amada al presentir su maternidad y era orgullosamente llevado desde entonces. Las faldas ligeras de fibras constituían, junto a los adornos de flores, el traje de las fiestas para ambos sexos. Los personajes masculinos de rango social, jefes religiosos o militares, se colocaban un extraño ornamento simbólico—que asociaban a las ceremonias o empresas guerreras—compuesto: de las máscaras, imitando pájaros diabólicos; los collares de dientes de tiburón, el totem, y el «*rei-miro*» (3).

La capa que cubría sus espaldas de las inclemencias del tiempo, tenía el distintivo totémico de cada grupo social en el colorido que le impregnaban a los «*haú*» por procedimientos, no revelados hasta hoy a los extraños.

Guiándonos por las descripciones que han hecho otros viajeros, podemos decir que algunas coinciden con la del tipo actual, como ser el que cita don *Ricardo E. Latham* del informe del Doctor *Tomás Guillermo Bate*, cirujano de la «*O'Higgins*», visitante de la Isla de Pascua, en el año 1870 (4).

«La mayor parte de ellos tienen una constitución o diátesis escrofulosa; músculos delgados, débiles y blandos; cabeza larga, baja y ancha; nariz regular y extendida; ojos oscuros y expresivos y un tanto oblicuos; pómulos prominentes; labios un tanto gruesos; pero boca bien formada; dientes firmes, grandes y blancos; pies y manos pequeñas y bien proporcionados. El cutis es citrino o bronceado; cabellos tiesos y negros; barba escasa del mismo color; articulaciones salientes. El ángulo facial, deducido de varias medidas en 75 grados. El tórax débil, largo, angosto y aplanado, hundido bajo las clavículas; y los omóplatos prominentes, y separados uno de otro más de lo común. La circunferencia del tórax es 0m.75, la estatura 1m. 57, la pulsación varía entre 76 y 84, la respiración 23 a 27, y el calor del cuerpo es de 96 grados Fahrenheit.»

(1) MANGHO, el tiburón. Este era el animal sagrado y totémico del clan «*Mirú*», su carne no podía probarla nadie, a excepción del gran jefe, o «*Ariki Mau*», supremo sacerdote de los «*Mirú*».

(2) NUA HINE, la falda femenina.

(3) REI MIRO, objeto sagrado de forma de media-luna con dos figuras humanas en los extremos, cubierto de geroglíficos misteriosos.

(4) «*Antropología Chilena*», por Ricardo E. Latham, 1909.

Continuando las citas el señor Latcham dice:

«El capitán *Vidal Gormaz* quien visitó la isla en 1880, dice que son de estatura media, con los ojos grandes; frente protuberante, nariz perfilada; vómer aplastado en las ventanillas; pelo lacio negro o amarillo; boca grande; labios regulares, dentadura hermosa, blanca y alineada. Hay mayor número de lampiños que barbudos. No tienen una musculatura bien señalada; sus miembros son delgados; sus carnes suaves; la espalda estrecha, y el pescuezo largo y femenino. La mujer es alegre, esclava y sometida a todos los deberes domésticos. No faltan algunas simpáticas y bien parecidas, pero de ordinario representan más edad que la que tienen.»

«En cambio *Ballesteros dice*: «Los salvajes eran grandes, fuertes y bien hechos. Su rostro más parecía rostro europeo que indígena. La tez, aunque bronceada no se diferencia mucho de la de los europeos, y muchos isleños son completamente blancos.»

«El capitán *González Haedo* de la marina española en una carta dirigida al Ministro de la Guerra en Madrid en el año 1770, dice: Los hombres son de buen cuerpo, color como de cuarterones, pelo lacio, buenos ojos, muy ágiles y nadadores, así hombres como mujeres.»

«El gobernador de la isla (1888-1892) dice en su informe, que los pascuenses no forman una raza débil y raquíca como se ha creído.»

«*Roggenwein*, quien descubrió la isla en 1722 y la dió el nombre que ahora lleva, describe los isleños en la siguiente manera: «Son de un color bruno, y tienen los cuerpos todos pintados de diversas figuras. Sus orejas son de tamaño descomunal, llegando hasta los hombros, estiradas por el uso de grandes y pesados pendientes en forma de discos. Son bien proporcionados, de estatura regular, y no corpulentos, y cuanto el cutis es generalmente aceitunado, hay algunos tan blancos como los europeos.»

Tal vez lo más interesante del trabajo que copiamos es aquello que el señor Latcham agrega sobre la craneología de los pascuenses:

«Una serie de 18 cráneos masculinos estudiados por Hutkranz eran dolicocefalos con índice medio de 72,2 y fluctuaban entre 66,6 y 78,7. Sólo una de la serie era subbraquicéfalo con un índice de 82,9.

«Dos cráneos de esta raza existen en el Museo Nacional, uno de hombre y el otro de mujer. El primero es subdolicocefálico con índice de 77, y el segundo dolicocefálico, índice 74,7.

«Ambos son muy altos, con índice mixto de altura de 91,8. La forma del cráneo es ovalada, con curvas suaves; la frente angosta, pero alta y combada; y el occipital pronunciado. Los huesos temporales son algo aplanados, quedando bastante espacio entre las paredes de los cráneos, y los arcos zigomáticos, que les da un aspecto de fenozigia, aun cuando los zómas no son muy salientes. El diámetro bizigomático es de 130 milímetros en el hombre y 129 en la mujer».

«La cara es ortognata y algo aplastada, debido a la poca prominencia de los molares y del esqueleto nasal. Las órbitas son de regular tamaño y mesosemas con índice orbitario de 88,2. El índice nasal de 55,2 los coloca entre las razas platirrinas. El frontal mínimo tiene un diámetro de 95 milímetros en el hombre y 90 en la mujer. La bóveda palatina es larga y angosta; los dientes regulares, pero mostrando un desgaste horizontal.» (ob. cit.)

No nos cabe pronunciarnos sobre este último punto de tan interesante trabajo, pero sí, podemos señalar que el hecho de la disconformidad de descripciones, se puede deber a las primeras impresiones que recibe todo extraño al desembarcar en la isla, muy diferentes de las que obtiene aquel que logra residir en ella, por un espacio de tiempo más o menos largo, que permita analizar las diversas razas que ahí se encuentran, en algunas aparecen caracteres perfectamente definidos que permiten asegurar la hipótesis de ser las primitivas, y otras, indudablemente corresponden a los pueblos invasores o colonizadores. Nuestras observaciones nos permitieron dividir en varios grupos a los isleños: unos, cuyos antecedentes evidenciaban el tipo maorí, otros, el malayo o tahitiano, y un tercero,—más reducido,—con características especiales distintas de los dos anteriores,—y no semejante al occidental—nos recordaba inmediatamente el seño severo de las grandes estatuas volcánicas del Rano Raraku, o las curiosas imágenes de los «*toro-miros*» (1).

Completando las descripciones aludidas, tenemos a las mujeres con cuerpos musculosos; de estatura mediana, carnes suaves y duras; la piel— a consecuencia de varios siglos de mezclas raciales—ha adquirido una coloración indefinible entre moreno y blanco. Los ojos, ni muy grandes, ni muy pequeños, expresivos, con tonalidades verdes y pardas, casi grises. Las pestañas crespas de una longitud que causa admiración. La nariz algo achatada, en especial aquellas del tipo maorí, con las ventanillas desarrolladas. La boca de un tamaño regular, con los dientes muy perfectos en color y proporción. Las cabelleras suaves, no ensortijadas, varían entre castaño y negro. La colocación de los senos en el busto es alta, presentándolos por eso erguidos y bien modelados, con pezones de pigmentación intensísima. No tienen casi vello en sus pubis y axilas. El único detalle defectuoso de sus cuerpos es la dureza—casi córnea—de las plantas de los pies, formada por los siglos de pisar las agudas rocas de los terrenos de la Isla de Pascua.

Es indudable, que el carácter de los isleños necesita de una dirección política férrea, que los impulse a realizar obras materiales de beneficio público; los hombres viven en la actualidad

(1) TOROMIROS, de TORO que significa imagen humana: y MIRO, madera; esto es Figuras Humanas de madera. Las fabrican los isleños con prodigiosa habilidad, atribuyéndole fuerzas mágicas capaces de evitar toda mala jugada de los espíritus malignos, sirven de protectores a los hogares indígenas, como los «penates» romanos.

indolentemente sin preocuparse de nada que no sea comer, dormir y divertirse. Son de por sí serviciales, en su inteligencia que les hace adivinar un premio a cualquiera de sus atenciones; su mayor felicidad son la música y el tabaco, moneda—el último—que tiene mayor precio que cualquier objeto de valor para los europeos. El acto de aceptar un obsequio es el mayor homenaje que puede tener la amistad, y desde ese momento se consideran ligados a cualquier sacrificio; cuando el aburrimiento los impulsa a salir de pesca, vuelven con sus canoas llenas de pescados, a ofrecerles de regalos a los residentes y extranjeros y familiares, temerosos siempre—con los primeros—que un día se les ocurra aniquilarlos, como en muchas circunstancias les han oído expresarse, al abordar el macabro problema de la lepra, endémica de «Te Pito Henúa».

Al desintegrarse el grupo social primitivo, conocido en *Te Pito Henúa* por «hare» desapareció la administración familiar sobre los productos de la tierra y el mar, y no hubo quien juzgara los deberes y derechos de los individuos, pasando—de hecho—a poder de la autoridad extraña. Nada podrá reemplazar sus instituciones milenarias, ni restablecer las severas normas que imponían los innumerables «*Tabú*».

Si analizamos el fantástico número de doscientos y tantos osarios—repartidos en la pequeña extensión de 11,773 hectáreas—podríamos pensar la hipótesis que la isla de Pascua, fué la necrópolis de un gran pueblo, hoy sumergido. Añádese, a esto, la cantidad excesiva de pequeñas poblaciones, de las cuales sólo restan sus ruinas, y la red de senderos, que toman por eje al *Volcán Rano Raraku*, monumental fábrica de las estatuas de piedra o «*moai*» y podremos afirmar—sin titubear—que la extensión no corresponde al intenso desarrollo artístico de la gran civilización desaparecida.

Materialmente, el reducido terreno—apto para una población de uno a dos mil habitantes—nos ofrece la dificultad del agua para mantenerlos, porque al no existir vertientes—por la porosidad del subsuelo—los obliga a contar sólo con las lluvias. Es probable que el agua, acumulada en los cráteres de los volcanes *Rano Kao* y *Rano Raraku*, aumentase—en otros tiempos—la capacidad, pero al acontecer la sequía (frecuente en la historia de la isla) esos lugares fueron los primeros en experimentarla.

La falta de bosques, y de grandes árboles en general, agrava la situación para obtener elementos de cocción de los víveres, influyendo poderosamente en el régimen alimenticio

de los isleños, que es—en su mayor parte—a base de alimentos fríos: plátanos, mariscos, caña de azúcar, etc.

La ausencia de ciertos principios básicos en la nutrición—la bebida de las aguas destiladas de las lluvias y la no cocción de los víveres—es un factor de gran importancia para el estudio del anormal decrecimiento de esta raza en la demografía, desde los últimos años del siglo pasado. Tampoco es ajena esta causa al carácter endémico de la lepra «*oobi*» (1), según las investigaciones de los distinguidos y abnegados profesionales que se han preocupado de este problema.

A este respecto citaremos unos párrafos del valiente informe que presentara el *Dr. García Tello* al Director General de Beneficencia y Asistencia Social, a su regreso de «Te Pito Henúa» en Diciembre de 1932:

«Debemos considerar—en la isla—la carencia de sales halogenadas en sus habitantes, quienes beben agua destilada—de lluvias—recolectadas por caños que van desde los techos de zinc a pozos vecinos, donde se almacena el precioso licor de los chubascos que caen con mucha frecuencia.

«Este hecho, a mi juicio, señor Director, es trascendente, pues estoy cierto que debido a ello, los hombres de la isla, tienen una arquitectura salina distinta de la nuestra, beben agua destilada, no les gusta la sal en la alimentación; las carnes, los huevos, las verduras, todos están desprovistas de sales en las dosis usuales, porque las tierras de estas 11,773 hectáreas no tienen montañas, ni corrientes aprovechables que pudieran dar lugar a aguas potables normales.»

«He pensado seriamente si éste no será un factor determinante de la enfermedad (la lepra) o por lo menos coadyuvante al desarrollo y propagación de la misma, y de si no valdría la pena de ensayar en ese sentido, pasando si fuera preciso aun hasta por encima del bacilo de Hanssen, ya que la sal juega un papel importante en los fenómenos del endiomiasis y exosmosis orgánicos, ignorando yo al menos, que sucede en el organismo de los sometidos crónica y filogenéticamente a la carencia de sales halogenadas, pensando si en estos fenómenos destructivos parciales o cíclicas no pudieran representar un papel» (2).

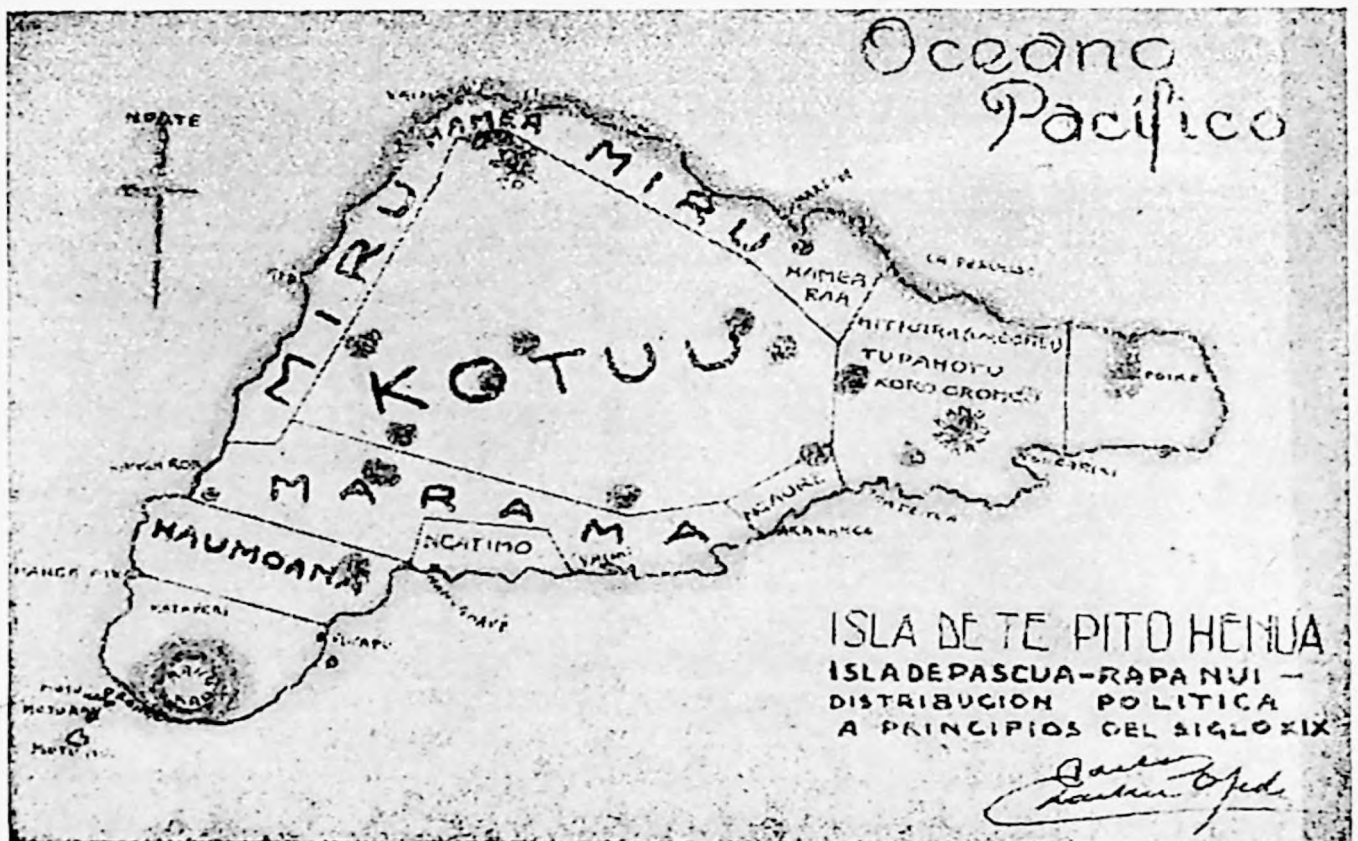
Esto nos hace suponer que el número de los isleños desde hace muchos siglos no sobrepasa la cantidad antes citada (1,000 a 2,000 habts.) Nuestra observación personal en los diversos lugares habitados, nos permitió hacer un cálculo aproximado, que expongo en el cuadro siguiente, y que por una coincidencia, que podría confirmar esos datos, está de acuerdo con los relatos mencionados por los navegantes del siglo XIX:

(1) OOBÍ, la terrible enfermedad de la lepra, también suele llamarse UUNA a una variedad de ella. En la isla existen en la actualidad 25 leprosos en el más infamante abandono.

(2) «La Leptra en Rapa Nui», trabajo presentado por el Dr. García Tello al Director General de Beneficencia y Asistencia Social, en 1932.

HIPÓTESIS SOBRE LA DISTRIBUCIÓN DEMOGRÁFICA DE «TE PITO HENÚA» A COMIENZOS DEL SIGLO XIX

Nombre del lugar	Nombre del «clan» residente en ese sitio	Hipótesis numérica calculadas por las viviendas
«Orongo».....	Haumoana	200 a 250 habts
«Vai tea»	Ngatimo	50 » 80 »
«Hanga roa».....	Marama	200 » 300 »
«Hotu iti».....	Tupa hotu	200 » 250 »
«Ana kena»	Mirú	350 » 400 »
«Vai heva».....	Hiti uirá....	100 » 150 »
«Vai matau».....	Hamea.	100 » 150 »
«Mata veri».....	Marama	100 » 150 »
Total de habitantes, aproximado.....		1 700 a 2 230



Conviene recordar a este punto, que la poligamia era corriente hasta mediados del siglo XIX, siendo una de las causas principales de su extinción, el rapto de más de mil individuos de ambos sexos, realizado por los piratas peruanos que

se dedicaban a la trata de negros, para la explotación del guano de las *islas Chinchas*. La reducción que esto trajo a la población, produjo un cambio radical en la morfología de las costumbres, equiparando hombres y mujeres y concluyó para siempre, con las frecuentes guerras que se hacían los grupos entre sí. Desaparecieron por ese hecho vandálico, las razones fundamentales: las mujeres y las siembras. La cantidad de habitantes en la actualidad es de 400 (1932) más o menos.

En el cuadro anterior llama la atención el número excesivo de «*clanes*» que se distribuían el territorio de «*Te Pito Henúa*». Los cuatro principales que ejercían la autoridad política, mantenían a los restantes en calidad de «*vasallos*», y fueron posiblemente los que encontró el navegante español—con posterioridad al viaje de *Roggenwein*—de 1772 en sus referencias a la isla de «los Cuatro Coronados». La traducción de los nombres de esos cuatro grupos sociales, curiosamente corresponde a: «*Orejas Largas*», «*Orejas Cortos*», «*Piernas largas*» y «*Piernas cortos*». La leyenda sobre los antepasados de los isleños nos refiere que los «*Orejas Cortos*» vinieron desde los lejanos islotes de «*Marae renga renga*» y «*Marae Te hío hío*» (1), invadiendo a *Te Pito Henúa*, algo así como unos quinientos o seiscientos años atrás, después de derrotar en sangrientas luchas a los «*Orejas Largas*», que habitaban el lugar de *Anakena*, hasta ese entonces.

La religión primitiva de los pascuenses—al igual que en los otros pueblos polinésicos—no era sólo una fuerza moral que clasificara las acciones humanas en buenas o malas, según el parecer de los dioses, interpretado por sus representantes directos, los sacerdotes o magos. El mayor significado de los ritos y cultos religiosos, estaba en constituir una fuente de recursos—inagotable—para las necesidades, tanto más materiales, que espirituales. En sus creencias tenían los medios mágicos para invocar al «*animal totémico*», quien les proporcionaría: la lluvia para obtener las buenas cosechas; la fuerza física, para vencer a los enemigos mortales, y las fórmulas maravillosas del amor.

La mayoría de los dioses que invocan—de acuerdo a las circunstancias—son antepasados, distinguidos por las cualidades que el caso requiere: el «*dios del robo*», era un isleño que se inmortalizó por la astucia de sus raterías; el «*dios de amor*», según fuese hombre o mujer el invocante, era—uno u una—que adquiriera gran fama por sus éxitos en ese sentido, etc.

(1) Por las informaciones que dan los nativos, parecen corresponder a los peñones de la Isla Sala y Gómez (Chile).

Es digno de observar que en las leyendas más antiguas, y en general en todas sus manifestaciones artísticas, los isleños jamás mencionan las enfermedades que hoy les aquejan, en especial la *lepra*. Esto nos hace pensar que fué traída de otras islas, probablemente de *Tahití* o de *América*, con los nativos que regresaron de las *islas Chinchas*, como ellos mismos lo confirman en las conversaciones.

Para terminar este artículo sobre las costumbres de los isleños de *Te Pito Henúa*, nos cabría referirnos a su idioma y escritura. Antes de la llegada de los occidentales existían dos clases de lenguas autóctonas: una, que sólo podían usar los miembros del grupo «*Mirú*» (los «*Orejas Largas*»), y otra, que era —oficialmente— la usada por el resto de los habitantes. La lengua secreta «*Mirú*» nadie podía siquiera escucharla, porque se atraía la pena de muerte; en ella se expresaban las oraciones mágicas a las divinidades para producir las lluvias, aumentar el número de las aves, exhortar a los guerreros en sus empresas, en fin en todo aquello que requiriera el concurso de la magia de los individuos superiores que componían el clan «*Mirú*». Cuidadosamente, se transmitía de padres a hijos, momentos antes de morir. Igual sucedía con las tablillas sagradas, donde estaban escritas en geroglíficos las normas legales, las fórmulas mágicas, los cantos sagrados, en general, toda la tradición mágica de la isla. Este «*código*» llamado *Rongo Rongo* (1), se dividía en sesenta y tantas planchas de una madera extraña, de muchos millares de siglos, cubiertas de signos muy bien alineados, imitando figuras de animales marinos, aves y utensilios comunes de los isleños. El estilo egipcio tiene gran similitud con el de «*Te Pito Henúa*» en la perfección de los caracteres tan pequeños que todavía son un misterio en cuanto al significado, y a los instrumentos con que se realizaron, de los cuales no hay rastros en la isla. Refieren los ancianos, que cierto día—todos los años—se reunían, al pie de la caverna de *Anakena*, a escuchar la lectura de las «*tablillas parlantes*» («*Te rongo rongo*») y en esa oportunidad se veían toda clase de milagros. El *Museo Nacional de Chile* conserva la reliquia, de mayor valor en el mundo, de la isla de *Te Pito Henúa*: un madero cilíndrico, más o menos un metro cincuenta de largo y 5 cm. de diámetro, de un árbol desconocido, y cuya antigüedad llega a ser fantástica; está totalmente grabado con los mismos caracteres de los «*rongo*

(1) Los hombres que enseñaban la escritura—dentro del grupo «*Mirú*»—se llamaban «*thanghata rongo rongo*» y eran considerados «*Tabú*» por ese motivo.

rongo», y era el distintivo del «*supremo sacerdote*» o «gran jefe» de los «*Mirú*»: el *Ariki mau*» (1).—CARLOS CHARLIN OJEDA.

(1) El ARIKI MAU era el descendiente por línea directa del primer hombre que llegó a la isla, HOTU MATUA, sus fuerzas sobrenaturales capaces de producir la lluvia, el fuego, etc., le daban un inmenso prestigio frente a los demás nativos, siendo todos los objetos de uso personal «tabú», como así también los alimentos de su agrado.

Santiago, Febrero de 1934.